

## III

## DOS ANTIGUOS CAMARADAS

En pos de la diligencia continuaban escalando la cuesta en silencio los dos hombres, el guarda y el maestro relojero.

— Cuidate de la carreta ; Martín !

Sólo el paso de la carreta fué capaz de sacar al guarda campestre del abismo de recuerdos en que lo había sumido el nombre de Jacobo Ork.

— Estás soñando... siempre sueñas, Martín... prosiguió Matías. Y yo creía que debías hablarme de cosas serias.

El guarda tomó el brazo del relojero y después de constatar que la diligencia marchaba á buena distancia, dijo :

— Pues bien, si tengo algo que comunicaros, patrón Matías, y que me está ahogando... Hace largo tiempo que hablo con los árboles de la selva!... mas, aunque bien es cierto que el pasado está ya muy distante, ¿á quién más que á vos, patrón Matías, podré yo sincerarme? ¿No compartimos acaso las mismas congójas y no sufrimos las mismas desdichas? ¿No se unieron por

ventura nuestros corazones para llorar la muerte de Margarita, á quien amábamos como á hija nuestra, y sus queridos hijitos, los hijos de nuestro Jacobo, patrón Matías? Ah! se os escapan las lágrimas!... Bien sabéis cuánto sufrí ahora rato al ver *los tres chalets abandonados* que hasta llegué á desear matarme con mi fusil... pero pensé lo que pienso desde hace tanto tiempo! No es posible que eso termine así... Juntos cerramos antaño las puertas de los tres chalets... y las hemos de abrir juntos, patrón Matías... las abriremos juntos... el corazón me dice que Jacobo no ha muerto!... El volverá! No se ha olvidado de nosotros. Vos le enseñasteis la relojería y yo le enseñé la carpintería. Ah! cuán bueno, excelente, asombroso y maravilloso archiduque, el mejor de todos! y qué príncipe tan dócil! el más humano de los hombres! la esperanza del imperio, en fin!... Y cuentan que el emperador, causante de cuanto sucedió, llorólo durante un año y un día!... ¿Cómo queréis, patrón Matías, que no suene la hora en alguno de nuestros trescientos relojes?...

— No olvides á los relojeros, Martín... si he de dar crédito á ciertos decires, *ya han sonado algunos de mis relojes*, Martín! Tienes razón, compadre, Jacobo Ork no ha muerto!...

— En todo caso mucho se demora en regresar... gimió Martín.

El patrón Matías inclinó la cabeza y tosió.

— Quince años han transcurrido desde que en la Torre Jaula de Hierro cerraron *el cuarto del dolor* y que desapareció Jacobo Ork y desde el día en que Reinaldo Rakovitz-Iglitza vino á verme á mi nueva tienda de Todtnau, no he vuelto á saber nada... Te acuerdas, Martín... hace de ello siete años...

— Ya lo creo que me acuerdo!... eran las once de la



noche... todo el mundo, menos nosotros, estaban acostados en Todtnau... y hablábamos del pasado cuando alguien tocó á la puerta de manera tan especial que nos hizo temblar... Corristeis inmediatamente á abrir... y Reinaldo Iglitz entró... Era un buen mozo...

— Era un buen mozo, sin duda... Raras veces he visto un hombre tan buen mozo como él... Cerró la puerta, cercioróse de que nos hallábamos solos, estrechónos la mano como á viejos amigos é hizome inmediatamente un importante pedido de *relojería secreta* para un tal Bautista, relojero parisiense... Bautista, relojero parisiense, parecíame raro aquello... y á tí también, Martín... y luego, cuando terminó la explicación de los relojes, de los horarios, y de la manera de dar las horas... nos volteamos á mirar. ¿recuerdas?... estabas pálido de alegría, Martín... ¿recuerdas lo que dijiste?

— Sin duda: « *De manera que existe alguien, en determinado lugar, que aun se acuerda de nosotros?* » Al oír esto Reinaldo fué sin chistar palabra!... Claro que recuerdo todo aquello como si fuese de ayer...

— Pagóme con anticipación en nombre de Bautista... y yo trabajé el encargo con sumo cuidado... ¿Viste los relojes, Martín?

— Sin duda. Maniobraban conjuntamente como un regimiento. Toda una orquesta! *Y tenían un aspecto terrible*, daba miedo verlos.

— Pues bien, envié el pedido á la dirección indicada... y después, nunca más oí hablar de Bautista, ni de nadie... y Reinaldo murió!... en París... en la misma época en que se volvió loca la reina María Silvia...

— Dicen que enloqueció el mismo día en que murió el otro! observó el guarda meneando la cabeza, Reinaldo era no solamente un buen mozo... sino también un hombre valeroso!

— Y un fiel amigo de Jacobo Ork... agregó el anciano con voz grave...

El guarda campestre, en voz muy baja, casi entre dientes, dijo con marcada intención:

— Habría sido capaz de hacerse matar por el hermano y *por la hermana*.

Tapóle la boca con su ruda mano el patrón Matías.

— Martín!

Escapóse éste y terminó su reflexión:

— *Prueba de ello es que está muerto!*...

El maestro relojero asió de nuevo el brazo de Martín.

— Ojalá, Martín, que algún día sea vengada su muerte... Dicen que nuestro Jacobo Ork naufragó en las costas argentinas... Por lo menos eso dijeron todos los periódicos del imperio... Si ello es cierto, mi relojería debió morir con él... ó por lo menos se habrá dañado como el cuclillo de la pobre María Silvia, á quien socorra el Señor!... Pero sabes, Martín, que si no ha muerto debe haber sufrido mucho al saber el enlace que se prepara allá arriba... ¿Cómo es posible, Señor, exclamó el anciano levantando los ojos hacia la bóveda celeste, cómo es posible que esa criatura, hija de María Silvia y sobrina de nuestro Jacobo, se vaya á casar con aquel hombre que ha sido la musa siniestra de Leopoldo Fernando?

— Oh! rugió el guarda. ¿Acaso Dios ha desamparado la Selva Negra? Los hombres han colocado en ella muchas hechiceras!

— Ya no hay Dios para los buenos!... ¿Sabes lo que me comunicaron, mi querido Martín? Ay! es ello capaz de hacerme erizar los cabellos!... Supe que no era solamente por orden del emperador y por obedecer á su padre Leopoldo Fernando que la princesa Regina se casa con ese Carlos.



— ¿Y entonces por qué, patrón Matías?

— Adivina!... Adivina!...

— No será por amor, seguramente, pues su talante no agrada á las mujeres y amedrenta á las doncellas.

— Pues bien, mira cómo nos engañamos al juzgar á mujeres y doncellas... Lo que á una desagrada, contenta á la otra... La princesa Regina se casa por amor con el Señor Carlos! *Está enamorada de él!*

— Que el diablo cargue con su alma si ello es cierto! exclamó el guarda apretando rudamente con los puños la culata de su fusil.

— Si ello es cierto, mucho habría de desear la muerte de Jacobo Ork, prosiguió Matías... No soportaría semejante cosa... y gracias á que la reina está loca!... Pobre reina!... Pobre María Silvia!...

El guarda detuvo de nuevo al patrón Matías, preso de la más viva agitación, y sintió el relojero sobre su brazo cómo temblaba la mano de Martín, mientras decía, con voz insegura:

— Ya que habláis de María Silvia, escuchadme... Quizás no sea un sueño... ¡Ay! ya me sucedió que á veces dudo de mi débil mollera... y además, bien sabéis vos, patrón Matías, porqué abandoné mi oficio de carpintero... *Desde que fabriqué los ataúdes* no me fué posible volver á tomar una sola medida... Veía ataúdes por todas partes... por todas partes... Si me ponía á hacer una caja para el patrón Buchner, el pulpero, ó un cajón de cuclillo para vos, parecíame que eran ataúdes... Sentíame enfermo. Por tal motivo nada de extraño tiene que ahora me pregunte al día siguiente si lo que creí divisar la vispera lo vi realmente ó fué sueño de mi fantasía. Pues bien... en esta ocasión no he soñado... no señor... Y puesto que estamos solos no he de retractarme: voy á deciros

porqué os preguntaba hace un momento si conocíais el nombre de *la Dama de la media noche!*... Ha llegado el momento... y yo prefiero descargar en vos el peso que me abrumba... y que es demasiado pesado para soportarlo yo solo.

— ¿A dónde quieres conducirme? preguntó Matías intrigado. No te comprendo.

— Pues bien, la última vez que vi á *la Dama de la media noche*, dijo en voz baja el guarda campestre, dábale en plena cara la luz de la luna... Sí señor... á campo raso pasó el accidente... la Dama de la media noche detúvose un instante ante mí; jadeaba como una cierva perseguida; miróme por entre sus cabellos desordenados... dejéme acercar un tanto... y entonces pude ver que oprimía contra su corazón una caja de madera de roble que reconocí inmediatamente... pues yo la había fabricado... Era el más pequeño de los ataúdes de la noche maldita... Avancé unos pasos más hacia ella, mas dió un salto hacia atrás, como un animal salvaje. Levantósele la cabellera y pude verla... era ella! era ella!... Matías.

Aquí Martín bajó aún mas la voz y dijo en el oído á Matías:

— La dama de la media noche se parece á María Silvia como se parecen dos gotas de agua del Neckar!

Matías tosió, lanzó una mirada escudriñadora en derredor de él y sólo divisó la sombra de los árboles á lo largo del camino, la de sus compañeros en lo alto de la cuesta y la luz de la linterna de la diligencia cuenta pasos adelante. Inclínose entonces hacia el guarda y murmuróle en el oído:

— Bien sabes que á María Silvia continúan *prodigándole cuidados* en la torre Jaula de Hierro...

Asió el guarda de los hombros á Matías y detúvolo!



— La reconocí! díjole.

El otro no se convencía :

— La prueba de que soñaste... oh! soñador de la Selva!... es que al mismo tiempo viste al « hada rubia »!

— Por mi palabra que sí! Y eso es justamente lo que más asombroso me pareció!... Ponedme atención, patrón Matías... Relato lo que sucedió! Cuando la Dama de la media noche desapareció entre el follaje, volvíme al sentir un ruido que se producía tras de mí y pude divisar, atravesando el campo como una flecha, al hada rubia cuya cabellera flotaba hasta las estrellas... Conducía su blanco corcel por entre los árboles como si fuese un caballo fantasma que se burlara de los obstáculos... en verdad os digo, patrón Matías, que así como la Dama de la media noche se parece á María Silvia como se parecen dos gotas de agua del Neckar... también el hada rubia se parece á María Silvia con semejanza que sólo existe entre hija y madre.

Mas el patrón Matías interrumpió el relato del guarda con estas palabras :

— Bien sabes que las gemelas de Carintia viven en la corte de Viena desde hace tres años y que el emperador no puede vivir sin ellas... Preciso es que tengas un pobre cerebro loco de soñador de la selva, mi querido Martín, para que imagines que la princesa Regina ó la princesa Tania puedan pasar las noches sobre un caballo blanco en pos de la sombra de su madre, á través de los montes del Valle del Infierno... Ya estás como Juan, el tonelero, y como Rodolfo, el escultor, y como la vieja Catalina de Buchen que creían, ya en sus últimos días, encontrar vivos en las calles de la aldea á los personajes de nuestras negras leyendas y detenían á las gentes en el dintel de las puertas para lla-

marlos con nombres de cuentos de hadas!... Y además, Regina y Tania son morenas y el hada rubia es rubia!...

— Quizás sea rubia únicamente de noche, á la luz de la luna...

— ¿Cómo te imaginas acaso la vida de una princesa real? Acuérdate, mi querido Martín, de lo que sucedió cuando la madre se volvió loca... Le prodigaban toda clase de cuidados en la torre Jaula de Hierro de Neustadt, bajo la vigilancia y responsabilidad del duque Carlos, porque estaba loca de atar... y decía cosas que nadie debía oír, según parece. El mundo entero lo sabe... Entonces condujeron á las dos princesitas hasta el fondo del Tirol su regente Orsova y su camarera Milly... Allí vivieron solitarias y alejadas de la corte durante dos años... Se les compadecía y más de una persona indagaba el motivo de su desgracia... Llegaban á contar que el rey Leopoldo Fernando no quería volver á ver á sus hijas ni reconocerlas como tales... Mas ¿qué no se dijo después de la locura de María Silvia? La verdad pura es que jamás se supo nada... nada absolutamente... ni porqué Leopoldo Fernando no quería volverlas á ver... ni porqué volvió á verlas hace tres años... ni porqué el emperador, que había prohibido pronunciasen sus nombres en su presencia, las llamó á la corte, donde las colmó de favores y las dotó espléndidamente. Sí... sí... bien lo sé... dicen que en un momento dado Leopoldo Fernando puso en duda su paternidad... y que después rectificó su error ante pruebas irrefutables que le presentó Orsova... ¿qué no han dicho? En todo caso, la verdad actual es que la princesa Regina está de novia con el Príncipe Rojo y Tania con el príncipe Ethel y que si sientes curiosidad de ver á las princesas gemelas, mi querido Martín, precisa que pidas autorización para ir á la corte y ceses de



pasearte de noche por la Selva, al claro de luna... sobre todo si se tiene en cuenta que hay claros de luna peligrosísimos para los cerebros más sólidos!

— Puede ser, respondió Martín, cada vez más inquieto y turbado... Quizás sea así!

Mas no pudo contenerse y protestó :

— No puede ser, yo no estoy loco! Y además oí perfectamente el grito, el único grito que lanzaba el hada rubia al perseguir á la Dama de la media noche al través del bosque iluminado por la luna.

— ¿Cuál grito?... Sin duda algún grito de cacería.

— No patrón Matías... no era aquel un grito de cacería... era un grito de amor!... El hada rubia gritaba constantemente pero con qué entonación más tierna, desesperada, tono de agonía y de súplica : le gritaba : « Mamá!... Mamá!... Mamá!... » Tal como os lo cuento, patrón Matías...

Continuaron marchando en silencio los dos hombres. El patrón Matías, al cabo de un instante decidióse también á hablar, pues ahora era él quien se hallaba inquieto.

— Confidencia por confidencia, dijo. Estoy convencido de que tu historia de la Dama de la media noche no es sino un engendro de tu fantasía y de tu corazón, pero en cambio escúchame : un día, hace de esto cosa de seis meses, llaméme al castillo la señora Rosa para que arreglara el gran reloj de la torre, que no había tocado desde hacía más de cinco años. En otros tiempos, cuando iba á ejecutar ese mismo trabajo, tomaba la escalera que pasa por sobre la Jaula de Hierro... Mas en esta ocasión hiciéronme subir por la escalera de honor hasta ballarme frente al reloj. Al llegar allí constaté que la puertezuela que daba sobre la escalera por donde yo subía antaño, estaba herméticamente cerrada

y esto persuadióme más de que tales precauciones se habían tomado con el objeto de que no me enterase de lo que había en la Jaula de Hierro. La señora Rosa, que me acompañó, dejóme solo cuando se hubo cerciorado de que la puertezuela de la escalera estaba cerrada con llave. Di comienzo á mi trabajo mas sólo pensaba en la que estaba encerrada en la horrible Jaula, á algunos pies debajo de mí, en la hermana mártir de nuestro pobre Jacobo... La curiosidad y el interés que me inspiraban las desdichas de aquella reina infortunada pudieron en mí más que todo lo demás... Tenía en mi poder los más sencillos y adecuados instrumentos para abrir una puerta... La abrí... y con el oído en acecho, bajé... No se escuchaba ruido alguno... En esa forma bajé dos pisos sin encontrar á nadie... y luego llegué á la bóveda... Bien sabes, Martín, que la bóveda está atravesada por un balcón de hierro... Cuentan que á ese balcón se asomaban los castellanos de ahora mil años con sus invitados para presenciar el suplicio de los que se hallaban encerrados en la Jaula de Hierro... Es un balcón circular desde el cual se ve hasta el fondo de la fosa... Lleguéme hasta él en cuatró patas... contentiendo la respiración... mas nada se oía... Sólo oscuridad y silencio... Entonces, después de haberle dado la vuelta al balcón, púseme á llamar en voz baja : « María Silvia! María Silvia! », mas como nadie me respondiese, traté de penetrar las tinieblas... pero era imposible... y entonces resolvíme á gritar : « María Silvia! María Silvia! Soy yo, Matías, el amigo de Jacobo Ork, que viene á salvaros, María Silvia!... » Siempre nada! Mi voz resonaba allí dentro como en un tambor!... Horricéme súbitamente del ruido que producían mis palabras... si alguien se hubiese hallado allí dentro... en el fondo de la Jaula de Hierro... segu-



ramente me habría oído... á no ser que María Silvia se haya vuelto sorda, porque, al fin y al cabo, preciso es convenir en que allí está, Martín, mi querido amigo, mi viejo camarada... varias personas vieron entrar á María Silvia á la Jaula de Hierro y nadie en el mundo la ha visto salir... De modo que allí debe estar!

El guarda campestre tomóse la frente entre las manos febricitantes.

— Bien ves que no está allí! Y si allí no está, en alguna parte debe estar...

— En alguna parte!... ¿Sabes lo que me vino á la imaginación, Martín?... *Los calabozos subterráneos!*... Hay en los subsuelos de la torre Jaula de Hierro unos calabozos subterráneos profundos como abismos... Ello es histórico... y fácilmente se puede leer en las « guías ».

Con que hayan levantado la tapa de unos de esos calabozos subterráneos, en medio de la oscuridad, *y te juró que el paseo de María Silvia en la torre habrá sido de corta duración!*...

— En los calabozos subterráneos de la torre Jaula de Hierro no se cae sino para morir, explicó con marcada nerviosidad el guarda... y yo he visto viva á María Silvia!... Os aseguro, patrón Matías, que está viva!... Á no ser que sea su fantasma... que corre, por la noche, á la luz de la luna... Salta como una cierva jadeante por todos los senderos de la selva... Y no lo he soñado, vive Dios! La Dama de la media noche es ella!... Y el hada rubia la llama mamá!... sin que la otra le responda!

Matías golpeó fuertemente el suelo con el pie.

— Pues bien, cállate!... Eso es lo que tú piensas, pero no debe salir de entre nosotros!... Mañana volveremos á hablar del asunto!

— Y si os contase lo que me comunicaron en Buchen ahora poco?... Despacharon á Rosa y á su hija Marta... sí señor, les consiguieron un empleo en otra parte. No las quieren más como vigilantas de la Jaula de Hierro porque dejaron escapar á la reclusa... Eso cuentan!...

— Y tú lo crees, gruñó Matías... Haces mal... Bien sabes que los dos debemos permanecer casi como sordo mudos mientras se da principio á *la cacería de los lobos*...

En aquel momento oyóse en la selva, hacia el occidente, un tumulto de cacería... Escuchóse á lo lejos el aullido de los perros azuzados por los picadores y el furioso galopar de los caballos.

Pasaban luces por entre los árboles, que luego se acercaban, y distinguióse perfectamente la endemoniada carrera de unas sombras que agitaban antorchas. Los gritos ordinarios de la cacería y el sonido del cuerno hicieron resonar los nocturnos ecos del valle; luego disminuyóse todo aquel rumor, alejóse y hasta las luces, allá á lo lejos, entre los árboles, perdiéronse de vista. Todos los viajeros de la diligencia de Todtnau detuviéronse en el camino. Aquella visión produjoles la impresión de una pesadilla. Pudieron creer por un momento que habían asistido á una de aquellas cabalgatas diabólicas de que hablan con terror las leyendas de la montaña. ¿Quién diablos podía cazar á semejante hora en el valle del infierno como no fuera algún lugarteniente de Satán, como por ejemplo « el Príncipe negro », encargado de traer al aquelarre las almas de las brujas recalcitrantes?

El señor Paumgartner, establecido en Friburgo como fabricante de juguetes (especialidad en soldados de plomo), declaró que ese cazador no podía ser el « Prín-



cipe Negro » si se tenía en cuenta que se había escuchado el aullar de los perros y que nadie ignoraba que el « Príncipe negro » era el único en el mundo que poseía una jauría de jabalíes.

Matías y el guarda uniéronse á los viajeros y alguien dijo :

— En mi humilde entender ese príncipe es más rojo que negro y se llama Carlos, como tiene derecho á hacerlo.

Otro apuntó :

— *Probablemente le dan caza á la Dama de la media noche!*

Matías y el guarda apretáronse las manos heladas en medio de la oscuridad.

## IV

EN QUE SE TRABA AMISTAD CON EL SEÑOR « DOS Y CUARTO ».

La diligencia llegó por fin al término de la cuesta y cada cual ocupó de nuevo su puesto en el interior y en la imperial, respectivamente.

Berta, como si nada hubiese sucedido, volvió á cargar su chicuela y entre tanto, el hombre de los paraguas consintió en despertarse.

Se marchaba á buen paso.

Los caballos despedían el olor de las pesebreras y pesebres del patrón Federico II, que así llamaban al hermano menor de Federico de Büchen.

El tal Federico II, que también era posadero, poseía en plena selva, en el camino para Todtnau, una de las posadas más antiguas de la región : « la posada del Valle del Infierno. » A ella llegaron á eso de las nueve y media y allí iban á remudar los caballos y los viajeros á cenar.

Debido á los empalmes, todos debían hacer allí por lo menos una hora de espera.

Juanillo, que en cualquier otra circunstancia se habría regocijado con la sola idea que iban á llegar á



una posada en que podría cenar con los dos marcos que le quedaban y que sólo Dios y él saben cómo los halló, mostrábase excepcionalmente refunfuñador. Tal era su desesperación que estaba pensando seriamente en dejarse morir de hambre, porque aquel cachete le había desgarrado el alma y le había hinchado la mejilla.

No se había detenido aún la diligencia en el patio y aun no se habían mostrado los mozos de las pesebreras cuando ya el patrón de la posada, que era un enorme sujeto de bigotes escurridos y ceño adusto con las cejas muy pobladas que le daban verdadero aspecto de bandido, gritábale al cochero :

— Tendrás tiempo de sobra para descansar... No sé qué sucede, pero acabo de recibir un propio de Todtnau con la orden de que haga esperar la diligencia hasta que llegue el correo de Schaffouse.

— Según parece aquello « bulle » en Viena y por todas partes, en el territorio de los Teheques y en el Bajo Danubio, contestó el cochero. Tuve noticias llegadas de Buda... Todo el mundo se agita... Praga está ardiendo... mas ¿qué puede importarnos todo ello, si por aquí marchan bien los negocios?... concluyó el cochero con filosofía bajándose del pescante.

Federico II respondió entre sus barbas algo que no se oyó. Hizo una señal que entendieron Matías y el guarda y condujolos á un rincón oscuro del patio donde tuvo con ellos una breve entrevista de la cual salieron pálidos y agitados.

— Está bien... Quedo enterado, dijo Matías. Hace bastante tiempo que están callados. Pero si no se trata sino de charlar, charlaremos...

Los demás viajeros, después de haberse estirado un poco las piernas, entraron al gran salón,

El hogar y el techo del gran salón de la posada, ennegrecido de humo, hallábanse muy honradamente provistos de jamones, y otros efectos de salchichería, y en derredor de las mesas aguardaban ya algunos clientes el paso de la correspondencia de Feldt mientras bebían sendos vasos de cerveza y fumaban sendas pipas.

De la extremidad de la sala venían voces y risas groseras de un grupo que rodeaba á un pobre viejo de barba desaliñada, con el sufrimiento retratado en la figura, con los ojos a pagados y aun enrojecidos por lloro reciente.

Con los codos apoyados en una mesita levantaba el hombre la cabeza para responder de la misma manera triste y lúgubre á las preguntas que le hacían los demás.

Y esa manera igual de contestar todas las preguntas era la que provocaba las bromas y risas en su derredor.

Aquel anciano era la diversión de los concurrentes por la incansable manía de contestar siempre á todos la misma cosa.

Interrogábalo uno sobre su estado de salud, otro sobre las probabilidades del buen tiempo, éste sobre los platos que habían compuesto su comida. Y siempre pronunciaban sus labios temblorosos las mismas palabras :

— *Son las dos y cuarto!*

Algunos procedían á demostrar á los demás que se trataba de un idiota. Para ello hacíanle observar al anciano que todos los relojes marcaban las nueve y media y luego le decían :

— ¿Te has fijado bien? El reloj marca las nueve y media. Fijate bien. Ahora dínos ¿qué hora es?

— Las dos y cuarto.



Y redoblaban las carcajadas.

En aquel momento el señor Paumgartner, establecido en Friburgo como fabricante de juguetes (especialidad en soldados de plomo), hizo su aparición en la sala y acercóse al bullicioso grupo con ánimo de pasar por más chistoso que los demás.

Sin duda alguna conocía á fondo las manías del viejo « dos y cuarto », pues empezó por apartar á los patanes que rodeaban la mesita, diciéndoles :

— ¿ Pensáis acaso que sólo sabe responder « las dos y cuarto ». Vais á ver que no es tan tonto como os lo imagináis ¿ Cuántas campanadas suenan á las dos y cuarto ? interrogó sentenciosamente Paumgartner.

El anciano respondió imperturbable :

— Doce campanadas !

— ¿ Lo mismo que á las doce del día ? continuó interrogándolo Paumgartner.

— No tal ; como á las dos y cuarto, replicó el pobre idiota.

Generalizóse la hilaridad. Apañábanse en derredor de la mesa y fastidiaban de ruda manera al anciano, cuando vino á turbar la estruendosa alegría de los compañeros que hacían coro á Paumgartner la inesperada intervención de un sujeto que nadie conocía y que interpeló al mismo Paumgartner, tratándole de imbécil.

Luego dirigióse á los demás y los puso verdes con voz de mandó que extrañó mucho en personaje tan sencillamente y casi pudiéramos decir miserablemente trajeado y que parecía no poseer más importancia que la que tiene un pobre paraguero ambulante.

Echóles en cara su conducta á aquellos patanes y mientras que unos refunfuñaban de la lección, los demás, comprendiendo al fin la estupidez y la bajeza de su actitud, callaban y dejaban el campo libre.

— El primero que ose aún burlarse de este anciano se las entenderá conmigo, dijo el paraguero en son de amenaza colocando con fuerza el saco sobre la mesa y sentándose frente por frente al infeliz.

— Bravo, compañero ! exclamó una voz sonora.

Era Matías que entraba al salón.

— Así se habla, vive Dios ! continuó. Apuesto á que todavía están fastidiando al viejo « las dos y cuarto » ! ¿ Dónde diablos está el patrón ? Hola Federico II. ¿ Cómo es posible que aun esté levantado nuestro Enrique ?

— Excusadme, patrón Matías, dijo apresuradamente el posadero, pero es lo cierto que no he tenido un minuto libre... No sé qué diablos sucede... me he visto obligado á proveer en cinco horas tres correos especiales que han desorganizado todo mi servicio... Mas voy á dar orden de que conduzcan en seguida á su cuarto á nuestro Enrique ..

En aquel momento abrióse la puerta y entró el guarda campestre.

— ¿ Es cierto, preguntó Martín con voz bronca, que se están divirtiendo á costas del viejo « dos y cuarto » ? Y paseó su mirada en derredor.

Cada cual hizo caso de la advertencia y hasta Paumgartner, que amenazaba con la mano al ambulante paraguero, retiróse prudentemente, no sin lanzar primero á Matías y al guarda una de esas miradas que de haberla visto ellos se habrían atemorizado.

El centro del salón estaba ya ocupado por una vasta mesa, en que se habían instalado algunos viajeros ante apetitosas viandas humeantes. Paumgartner, que había tomado puesto en ella, reconoció á su vecino de enfrente, á quien se dirigió en estos términos :

— Si no me equivoco, ¿ es Ud. el Señor Arnstein ? ¿ Arnstein el tapicero del emperador ?... ¿ el proveedor



de la corte?... ¿el solo, el único Señor Arnstein?... ¿el ilustre Arnstein de Viena?...

— El mismo, respondió el personaje interpelado que era un burgués muy comodón trajeado á la última moda de la calle Graben.

Tendióle una mano á Paumgartner mientras seguía comiendo con la otra.

— Excusadme, pues me hallo muy urgido! agregé, con la boca llena... Mi Berlina me está esperando y desearía llegar á la torre Jaula de Hierro antes de que todos se hayan acostado.

— ¿Se trata, acaso, de un asunto muy importante? preguntó Paumgartner amarrándose la servilleta al cuello...

— Ya lo creo, como que van á remozar todo el castillo para el matrimonio del duque...

— Ah! sí... con la gemela de Carintia. Mas yo tenía entendido que el matrimonio debía celebrarse en Viena.

— Sin duda alguna, pero los casados pasarán la noche de bodas en la torre Jaula de Hierro de Neustadt... ha sido idea de la princesa Regina, según parece... Y como Ud. bien comprende no hay tiempo que perder... A su salud, Señor Paumgartner. A propósito, olvidaba decirle, Señor Paumgartner, que ayer ví á su hermano de Ud.

— Justamente iba á pedirte noticias de él...

— Puedo dárselas excelentes!... Los negocios marchan á maravilla... Su cervecería es la primera de Viena... es el café más elegante de la capital... En todas partes se conoce ya la cerveza Paumgartner y C<sup>ia</sup>...

— Estoy enterado... Hace ocho días, prosiguió el Paumgartner de Friburgo, recibí una carta de él en que me dice que todo va bien...

El tapicero guiñó un ojo.

— Ya lo creo que todo va bien... Lejanos están ya los tiempos en que durante la última exposición universal de París iba yo á saludarlo y á tomar un vaso de Pilsen en las bodegas del Palacio Real... Ah! en aquella época no era orgulloso... ni tenía muchas vidrieras en su establecimiento...

Volvió á guiñar el ojo el tapicero.

... Muy bien hizo en venirse á instalar en Viena! Ahora su establecimiento del Prater es como un palacio de cristal... Y allí se da cita toda la buena sociedad imperial... Pero sin embargo, mi querido amigo, también...

Otro guiño de ojo.

... También se dan cita allí los compañeros del cabaret...

Soltó una gran carcajada y apuró el vaso de cerveza.

Paumgartner rió ligeramente y con cierto embarazo mientras cortaba la carne y miraba á derecha é izquierda con ojo escudriñador.

Otros viajeros habían tomado puesto en las mesitas colocadas al pie de las ventanas que daban sobre el camino que se internaba en la selva, pues allí no había ni caserío ni aldea.

En derredor de una de esas mesitas agrupáronse la señorita Lefébure, Berta con los bebés y naturalmente Juanillo que no podía desprenderse de las chicuelas, con aspecto todavía adolorido.

Berta, al verlo en tal estado, compadeciéndose de él é hízole señas de que se sentara á su lado, recomendándole se comportase como un mozo bien educado.

« Es un tonto de capirote, pensaba ella, mas no es un chico mal intencionado, porque en ese caso no se pasearía por los caminos con dos chiquillas en brazos. »



— Díganos, Ud. es demasiado joven para ser el padre de estas criaturas. ¿De quién son hijas? preguntó Berta.

— De mi hermana, respondió evasivamente Juanillo, mientras mojaba el pan con sus lágrimas ó introducía instintivamente la mano por debajo de la mesa, en el bolsillo que llevaba Berta atado á la cintura.

— ¿En qué se ocupa su hermana de Ud.?

— Mi hermana! respondió Juanillo, que creía sucumbir á la emoción, mi hermana murió en el parto!...

— Pobre joven! exclamaron las institutrices con los ojos llenos de lágrimas.

— En este mundo solo hay desdichas, observó Juanillo con desesperada filosofía.

— Muy cierto es eso, aprobó Berta. ¿Y ahora, mi pobre joven, os halláis sólo por esos mundos de Dios?

— Completamente solo, si señora. Quedábame un amigo y lo perdí ó por lo menos no creo volverlo á encontrar.

— Si era un amigo verdadero, tenéis razón en lamentarlo, dijo doctoralmente la señorita Lefébure. Los buenos amigos son muy escasos.

— El mío lo era de verdad y al mismo tiempo muy extraño. Se le podría dar la vuelta al mundo sin tropezar con otro semejante. Imaginaos que tenía tres brazos!

— Tres brazos!...

— Tres brazos!...

— Y tres manos!...

— Y tres manos!...

— Pobre hombre!...

— Hacéis mal en compadecerlo, dijo Juanillo, que parecía haberse sobrepuesto á su dolor y que, después de haber terminado la pequeña operación debajo de la

mesa, sonreíale á Berta como puede sonreírle á los ángeles un hijo de María... Sin duda hacéis mal en compadecerlo... Tres manos!... Hay momentos en que para ejecutar *ciertas maniobras* debe ser muy cómodo tener tres manos!...

Mas Berta no escuchaba lo que decía Juanillo, pues había divisado la nefasta figura de Paumgartner y volvía constantemente la cabeza hacia la mesa del centro.

— ¿Qué mira Ud. con tanta insistencia, Berta? preguntó por fin la señorita Lefébure.

— No os parece, respondióle la joven, que aquel hombre que está sentado allá en la extremidad de la mesa, que come con el sombrero puesto y tiene una pluma en el sombrero, se parece singularmente á uno de los sujetos que aprehendieron al pobre Señor Hansen?

La señorita Lefébure respondió:

— Hace poco teníais telarañas en los ojos, mi querida Berta, pero ahora hacéis gala de excesiva imaginación...

No insistió Berta y como Paumgartner volviese la cabeza hacia ella, bajó la cabeza y permaneció tranquila.

Matías y Martín colocáronse en la mesita que se hallaba entre la de las institutrices y la del viejo « dos y cuarto », que ya había trabado conversación con el paraguero.

Matías levantóse inmediatamente y dirigiéndose al paraguero que interrogaba al pobre viejo, asíólo por el brazo y díjole:

— Caballero, desearía conocer su nombre, que sin duda es el de un hombre de bien...

El hombre de bien se levantó y dijo:

— Llámome Franz Holtzcheuer y me pongo á su disposición aunque no soy ni rico ni pobre, pues toda mi



ambición consiste en vender mi mercadería en la feria de Todtnau...

— Pues bien, Franz Holtzchener, dijo Matías, siéntese Ud. con nosotros, que mucho nos agrada al guarda campestre y á mí libar con Ud. una copa de un viejo hochheim que el patrón Federico II ha reservado expresamente para nosotros durante veinte años en su bodega...

En cuanto á nuestro amigo Enrique, agregó el relojero bajando la voz y mostrando con el dedo al viejo « dos y cuarto », muy digno es él de conmiseración. Acercaos, Franz Holtzchener.

Al ver que el viejo Enrique se levantaba y después de dar la mano á Matías y á Martín se dejaba conducir por una sirvienta, no puso dificultad alguna el paraguero para aceptar la invitación que se le hacía.

Sin embargo no dejó partir al anciano sin dirigirle una mirada de desconsuelo.

— No lamentéis nada, si por casualidad sois curioso ó gustáis de conocer las vidas y milagros, Franz Holtzchener, dijo Matías. Nuestro amigo Enrique sólo cuenta lo que tuvisteis ocasión de oírle... Y si queréis conocer su aventura, tanto Martín como yo podemos narrárosla : es sin duda la más siniestra y la más misteriosa de cuantas se pueden relatar mientras se cena en la Selva Negra...

V

JACOBO ORK

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

... — Es una historia, empezó á relatar Matías, que tuvo alguna resonancia en el mundo, ahora quince años, y que aun permanece llena de tinieblas... Los jóvenes la han olvidado. Mas como Ud. vé, mi querido Franz Holtzchener... (deja de lado tu fusil, Martín), los viejos como el señor guarda campestre y yo se acordarán mientras vivan de la época en que el pobre anciano de quien hoy hacen mofa todos esos imbéciles y que termina su miserable vida en esta posada por razones que más tarde conoceréis, era el más honrado y más próspero relojero de toda la Selva Negra. Vivía por ese entonces en Buchen, en uno de los pequeños chalets que seguramente debísteis observar en la plaza de la Iglesia y que parecen estar abandonados desde hace mucho tiempo. El maestro Enrique Muller, que tal es su nombre, nació en ese chalet y allí se casó y vivió durante luengos años como el más feliz de los hombres.

« En aquella época poseía el maestro Enrique Muller. — lo que, á mi entender, constituía la mejor parte de su fortuna, — una excelente y honesta mujer á quien



él amaba con todo su corazón y de quien era amado también; una hija de diez y siete años, bella y pura como un ángel, llamada Margarita, y por último, dos viejos amigos, dos antiguos camaradas de la infancia: el carpintero Martín y Matías, fabricante de cuclillos, y vuestro servidor, como tuve el gusto de deciros anteriormente. Martín, á quien tengo el gusto de presentaros (en esa forma efectúose la presentación del guarda campestre al paraguero ambulante que escuchaba esa vieja historia mientras comía su sopa de tocino), y Matías vivían en los dos *chalets* colindantes con el del maestro Enrique y jamás hubo fiesta de familia en que no se encontrasen reunidos los tres.

« Sucedió que un día un fabricante de juguetes de Friburgo (especialidad en soldados de plomo), el Señor Paumgartner, para no citar nombres, á quien le administrasteis una buena ahora rato y que en este momento no mira su sopa sino con un ojo, trájole á nuestro amigo, para que le enseñase el oficio, á un joven sobrino de él que no tardó mucho en enamorarse locamente de Margarita. El sobrino, que se llamaba Víctor Paumgartner, era orgulloso y como advirtiera que Margarita lo detestaba, resolvió marcharse con la música á otra parte.

« Mucho nos regocijó la partida de Víctor Paumgartner y voy á deciros porqué.

« En aquella misma época llegó á la aldea un hombre de quien no se sabía absolutamente nada.

« Podía tener treinta años, era alto, de noble y hermoso talante, de manos tan blancas como las de un aristócrata y vestía tan burguesmente como el maestro Enrique ó el maestro Martín y al igual que nosotros, trabajaba mucho. Al llegar á la aldea alquiló un cuartucho en la posada de Federico P<sup>o</sup> la « Manzana de Pino ». Contaba que había sido rico, mas que habiénd-

dose arruinado, deseaba ganar la vida como un obrero. Era un buen camarada á quien le enseñábamos á hacer uso de las manos el maestro Martín (que entonces era carpintero), el maestro Henry Muller y yo. Trabajó con constancia durante dos años y llegó á ser tan hábil en la construcción de una caja de cuchillo como en la composición de un resorte de reloj. Mucho lo queríamos y sucedió que en un incendio que amenazó destruir la aldea entera, nos salvó la vida...

— A todos! intervino Martín. Si señor, á todos... Sin su sangre fría y su valor... nos habríamos asado como perdices...

— Desde aquel momento podía exigirnos lo que quisiese. Se dirigió al padre de Margarita para pedirle la mano de su hija á quien amaba y de quien era amado. Muller acordó la mano de su hija á Jacobo Ork.

Al oír esto, púsose el paraguero á comer tan glotonamente que por poco se ahoga y que no le fué posible contener un formidable acceso de tos.

— Vamos!... dijo por fin... Jacobo Ork!... De manera que el anciano es el suegro de Jacobo Ork!...

— Sin duda, de Jacobo Ork...

— ¿Del famoso Jacobo Ork?... No es posible!...

— Tal como lo oís, caballero, el propio suegro de Jacobo Ork. En la aldea no se conocía al novio de Margarita sino por ese nombre de Jacobo Ork. Y he aquí en qué circunstancias se supo el otro, el verdadero nombre! Jacobo Ork ausentábase á menudo y para ello daba como explicación á su novia que se veía obligado á permanecer algunos días en la Alta Austrasia para liquidar algunas propiedades que aun le quedaban en esa región. Hacía poco más ó menos un mes que Jacobo Ork se había comprometido con Margarita y justamente se hallaba ausente cuando corrió la noticia por la Alta



Austrasia, en Baviera y hasta en la región de Brisgau de que en los alrededores de Salzburg iba á tener lugar una gran revista militar presenciada por el emperador Francisco. El maestro Enrique tenía grandes deseos, desde hacía mucho tiempo, de visitar á unos viejos parientes que había dejado en las faldas del Gaisberg. Sirvióle aquella revista de ocasión y decidióse que toda la familia partiría para Salzburg y asistiría á la revista. Ahora bien, sucedió que el emperador, un tanto quebrantado, se hizo reemplazar en aquella solemnidad por un miembro de su familia. Por la mañana, Margarita, su padre y su madre, llegaron primero que todos al campo de maniobras y pusieronse á admirar el hermoso uniforme de la tropa cuando, á gran distancia de donde se hallaban, oyeron el sonido de las trompetas que tocaban « alerta » y vieron á los ayudantes de campo correr en todas direcciones, al galope de sus caballos. Vieron entonces los espectadores sobre una pequeña eminencia al jefe de la tropa y á su estado mayor que recorrían el campo con gran solemnidad. Sin duda alguna aquel jefe no podía ser otro que el reemplazante del emperador, el archiduque más querido y más popular de toda Austrasia, el archiduque Jacobo. Con efecto, éste pasó cerca de los Muller, seguido por su brillante cortejo. Al verlo, los padres de Margarita pusieronse á temblar de pies á cabeza, y la misma Margarita lanzó un grito y se desmayó. Los tres habían reconocido en el archiduque Jacobo, al propio Jacobo Ork!... Y como el príncipe volvió la cabeza al oír el grito exhalado por Margarita, pudo reconocer á su novia y abandonando á su estado mayor y á sus soldados, precipitóse á sostener á Margarita y á prodigarle los más tiernos cuidados. Aquella misma noche anunció á su comitiva que Margarita, la hija del relojero de Buchen, sería la esposa

del archiduque Jacobo (1). Fué entonces cuando sobrevino — quizás lo recordéis — una ruidosa ruptura entre el emperador y el archiduque Jacobo, y Europa entera conoció aquella querrela palaciega. Por último vino la misteriosa desaparición del archiduque.

— Ya lo creo, exclamó el paraguero. Aquella fué una historia muy escandalosa!

— Muy escandalosa en efecto, pero que nadie conoce á fondo, os lo aseguro, mi querido Franz Holtzchener. Primero se habló de drama y hasta de asesinato, mas luego dejaron correr las lenguas, y después cada cual, por propia seguridad, prefirió no escuchar nada. Por lo demás, en las altas esferas fueron *lo suficientemente ladinos para no interrogar á nadie*, y se contentaron con dejar que se estableciese en Europa la leyenda de que Jacobo Ork se había marchado á América con su familia... Mas ¿cuál es la estricta verdad? No creo que haya muchos que la conozcan... Y nosotros mismos, en Buchen, poco sabemos...

— Sin embargo, objetó Franz Holtzchener, el maestro Martín y vos debéis saber más que los demás...

(1) Es casi textualmente la misma aventura que le aconteció al archiduque Juan de Austria (Juan Orth) y á su novia, la joven Milly. Como se vé, la historia de nuestro archiduque Alberto de Austrasia coincide en muchos puntos con la del archiduque Juan de Austria. El paradero de Juan Orth es por lo menos tan misterioso como el de Jacobo Ork. ¿Quién podría negar que los dramas que agitaron esas dos vidas no son igualmente horribles? Las desgracias de la casa de Austrasia y las de la casa de Austria, *sin ser las mismas*, son hermanas gemelas. Y es el caso de apuntar que el novelista, á pesar de su *inagotable inventiva*, no puede imaginar nada más extraordinario que lo que todos pueden leer en los libros de historia. (Consultar, entre muchas otras, la obra muy completa que Eugenio Garzón dedica á Juan Orth y que Barthez tradujo del español lo mismo que el interesante y palpitante *Francisco José íntimo* por Enrique de Weindel.)



— Por eso justamente no se nos ha interrogado y cuando deseábamos hablar nos volteaban las espaldas como visteis hacer á los campesinos de Buchen cuando pasan por delante de los *chalets* de la plaza de la Iglesia... *No quieren ver ni saber...* tal es el deseo de todos en la región... Y no gustan de las historias en que se menciona al Príncipe Rojo... Pero Ud., Franz Holtzchner, tiene aspecto de ser un buen hombre y de no temerle á nadie y además castigó como se lo merecían á esos imbéciles que se burlaban de nuestro Enrique... Pues bien, ya que esta noche hay un oído para escuchar, no está por demás que haya una boca que hable... ¿verdad, amigo Martín?

El guarda campestre, al verse interpelado, se contentó con gruñir y mirar por la ventana.

Llenó los vasos el maestro relojero y cuando todos hubieron proclamado la buena calidad del vino y la excelencia de la bodega del patrón Federico II, prosiguió Matias su relato en estos términos :

— Ante todo importa decir que cuando el archiduque Jacobo vino por la primera vez á Brisgau, hallábase fastidiado, desde hacía mucho tiempo, de la vida cortesana; resuelto como estaba á romper poco á poco con sus antiguos hábitos, había hecho comprar, por segunda mano, la torre Jaula de Hierro de Neustadt, donde tenía proyectado retirarse para hacer vida independiente y tranquila. En tales circunstancias fué cuando halló en su camino á la bella y dulce Margarita y al sentir su corazón profundamente conmovido, imaginó la estratagema que debía probarle si en realidad podía llegar á ser amado por sí mismo. Por eso presentóse como si estuviese arruinado y se sometió á la labor del obrero. Después del escándalo que acabó de relataros, Jacobo Ork declaró que ignoraba al archi-

duque Jacobo, y volvió al seno de la familia que le abrió las puertas cuando lo creía pobre y que ya sabía que era uno de los primeros príncipes del imperio. Jacobo Ork se casó y fué á vivir con su esposa en la torre Jaula de Hierro de Neustadt. Fué buen marido y buen hijo y continuó siendo buen amigo para con sus antiguos camaradas de trabajo, un verdadero amigo de Martín y mío. Recibía pocas visitas y esforzabase por ignorar « su sociedad » de antaño. Sólo su hermana, la reina María Silvia, á quien quería mucho y que siempre habíase mostrado dulce y buena para con él y que trataba á Margarita Müller como á una hermana, venía de vez en cuando á verlo. También venía algunas veces á la torre Jaula de Hierro un artista amigo de Jacobo, el profesor Reinaldo Rakovitz Iglitza. Y por último, cuando el rey de Carintia visitaba á su primo Bramberg, duque en Baviera y poseedor de un pequeño castillo situado en las inmediaciones de Neustadt, é iban juntos, en la época de las cacerías, hasta la torre, Jacobo se veía en la obligación de hacerlos pasar adelante, pero le dejaba la visita un mal humor que duraba varias semanas y que constituía el único punto negro en su felicidad.

« En dos años dióle Margarita dos hermosas criaturas, varón y hembra, llamados Alberto y Giselda, á quienes amábamos como si fuesen carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre. Martín y yo fuimos sus padrinos.

« Jacobo Ork era feliz y felices eran cuantos lo rodeaban. Parecía como si la política se hubiese olvidado del archiduque que vivía en un rincón retirado de la Selva Negra... ¿Fué ella la que vino á buscarlo?... En todo caso, llámese como se llamare el misterioso mensajero que vino dos años después del matrimonio á



entregarle cierta carta el día de todos los santos, ese mensajero fué enviado por la Desgracia!

Matias, que parecía complacerse en el trágico recuerdo como si experimentase algún alivio en reabrir heridas mal cicatrizadas que aun hacen sufrir, levantó por sobre la mesa y en dirección de Franz Holtzchener un puño amenazante.

— Era la fiesta de todos los santos, prosiguió, y habíamos pasado el día juntos en la casa de Buchen con el maestro Enrique.

« Sólo faltó á esta fiesta Jacobo Ork quien se vió forzado á ir ese mismo día á casa de Carlos de Bramberg, á pesar de la repugnancia que le inspiraba este último; mas hizolo porque lo llamaba con urgencia el rey de Carintia, Leopoldo Fernando, que se hallaba de paso en el castillo del duque. Jacobo no debía regresar á la torre de Neustadt sino al día siguiente.

« Por tal motivo Margarita fué á Buchen con sus dos criaturas, Alberto y Giselda, bellos como ángeles del paraíso y que nos acariciaban á Martín y á mí como si hubiéramos sido sus abuelos y gustaban ya de la cerveza como ancianos de la selva y no podían vivir sin el humo de la pipa! Alberto, que contaba dos años. — ¿Te acuerdas, Martín, — nos había roto ya una decena de pipas en porcelana.

— Ya lo creo que me acuerdo! mi más hermosa pipa en fayenza de Linz!... chiquillos queridos... murmuró Martín, conmovido y cesando de mirar la luna por la ventana.

— Pues bien, prosiguió, la madre y los niños, como sucedía cuando Jacobo Ork se hallaba ausente, no debían regresar á la torre Jaula de Hierro (por lo menos así lo creíamos). Todos entendían que aquella noche dormirían en Buchen y nadie se apresuraba á terminar

velada tan agradable, cuando á eso de las diez, en momentos en que escanciábamos una famosa botella de Johanisberg oímos el ruido de un coche que se detenía ante la puerta de la casa del maestro Enrique.

« Golpearon y abrió Enrique. Era un criado de la torre Jaula de Hierro que venía á buscar á Margarita y á los niños. El tal criado llamábase Mikael y érale fiel á Jacobo como un perro. Traía la noticia de que Jacobo Ork debía regresar á la torre hacia la media noche y esperaba encontrar allí á su esposa y á sus hijos.

« Levantóse Margarita y preguntó con turbación:

« — ¿Qué sucede?... Es extraordinario pues á mí me dijo que no regresaría hasta mañana á las tres. (Pareció reflexionar un momento y luego dijo): ¿No le ha ocurrido nada grave?... Dios mío! exclamó, quizás un accidente!... Decidme la verdad, Mikael!

« Tranquilizóla el criado y después de despedirse de todos, fué con sus hijitos. Pareciónos que aquella noche había besado con más ternura á sus padres y que para con nosotros había sido más afectuosa su despedida. En fin, el hecho es que quizás nos imaginábamos algo.

« Alejóse el coche entre la oscuridad y nosotros permanecimos allí bastante atristados. Ni el padre ni la madre se sentían tranquilos. A veces sucede que se oscilaban los presentimientos y en aquella ocasión retuvieron allí.

« Martín y yo estábamos casi dormidos junto al fuego con las pipas apagadas cuando de pronto sacónos del amodorramiento en que nos hallábamos el ruido estridente de unos golpes que sacudían la puerta.

« — ¿Quién osa golpear de esa manera y á estas horas á mi puerta? interrogó con voz bronca el maestro Enrique.



« — Abrid, respondió otra voz bronca que no reconocimos... Soy yo, *vuestro amo, Jacobo Ork!*

« No solamente no reconocimos su voz sino que nunca, nunca Jacobo había dirigido la palabra en ese tono á nadie de la región.

« — Precávete, que puede ser una celada, grítéle al maestro Enrique.

« Mas éste respondió :

« — Celada ó no, quiero conocer la figura del que se dice *mi amo!*

« Abrió y precipitóse el visitante.

« Éra en realidad Jacobo Ork.... mas en qué estado!...

Sus ojos lanzaban rayos y su boca espuma!... Daba vueltas en derredor nuestro como un insensato...

« Por último preguntó :

« — ¿Dónde está?... ¿No está aquí, acaso?...

« — ¿A quién se refiere *monseñor?* (Éra la primera vez que el maestro Enrique llamaba por su título al archiduque Jacobo, pues éste le había prohibido terminantemente que lo hiciese.)

« — Me refiero á Margarita!...

« — A su esposa, monseñor. (Oh! qué tono más helado el del maestro Enrique al decir esas cosas! Y con qué tranquila altanería contestaba las preguntas de ese loco. Pareciéndonos á nosotros, pobres campesinos de la Selva Negra, que el gentilhombre era el relojero). Mi hija se despidió de nosotros después de la cena...

« — Ya lo sé. ¿Y un criado vino á buscarla?... ¿Y le dijo, prosiguió Jacobo Ork sin hacer caso del mal estado en que se hallaba su suegra al verlo tan violento, y le dijo que yo había regresado al castillo, verdad?

— Sí.

— ¿Y que yo la mandaba llamar?

— Sí.

— Y sin embargo ella sabía que yo no debía regresar hasta mañana?

— Sí.

— ¿Y se marchó enseguida?...

— Por orden de monseñor!

— Pues bien, eso no es más que una comedia, exclamó Jacobo Ork, cuyo incomprendible furor crecía más y más. Todo eso no era más que una comedia: ella sabía perfectamente que vendrían á buscarla!

Y le tendió una carta al maestro Enrique con mano tan temblorosa que rodó por el suelo y vino á caer á mis pies. Recógila y la entregué al padre de Margarita que la leyó y palideció como un muerto. Cuando hubo terminado la lectura, devolvió la carta á Jacobo, pero sin que su mano temblara y con voz terrible por lo tranquila, dijo al archiduque.

« — Monseñor, si mi hija es culpable, la mataré!

« — *Y yo qué he de hacer?* rugió Jacobo, que ya se embozaba en su capa y se dirigía hacia la puerta.

« — *En verdad,* replicó el maestro Enrique, *ese asunto no incumbe sino á vos!*

Jacobo hallábase ya fuera y de un salto colocóse en la silla, pues había venido á caballo. Oímos perfectamente cómo se alejaba á galope tendido mientras que el maestro Enrique caminaba como caminaría una estatua, si las estatuas caminasen; volvióse luego hacia nosotros que nos apresurábamos á prodigarle cuidados á la Señora Margarita... Mas de pronto le vimos dar media vuelta, recobrar su agilidad y correr á la puerta. Allí, en medio de la noche oscura, lanzó un grito tan terriblemente sonoro que sin duda llegó hasta donde el viajero :



« — Jacobo Ork, obra con cautela, que quizás es inocente!...

Esto gritó el maestro Enrique á Jacobo Ork que probablemente lo oyó... Martín y yo continuábamos prodigándole cuidados á la señora Müller que por fin volvió en sí y dejóse conducir al lecho por su marido...

« Este volvió después á nuestro lado y dijonos :

— No me abandonéis por ningún motivo!...

Sentóse entre los dos, frente al hogar, donde permanecimos durante varias horas sin pronunciar palabra. Oíanse las campanadas del reloj de la Iglesia y el canto del cuclillo en el salón y era todo cuanto se oía. Por último, á eso de las cuatro de la mañana, golpearon débilmente á la puerta. El maestro Enrique entreabrió las persianas y reconoció á Jacobo Ork. Abrióle la puerta y cuando este último entró y pudimos examinarlo á la luz de la lámpara, retrocedimos de espanto : tenía cubiertos de sangre el vestido, las manos, la cara. Parecía que se hubiese revolcado en un charco de sangre!... y que hubiese bebido!...

« Pero lo que más nos extrañó fué que á pesar del estado en que se hallaba, aparentaba gran tranquilidad.

Aterrorizados, volvimos nuestras miradas hacia el maestro Enrique, que continuaba frente á la llama del hogar. Parecía un cadáver que se estuviese quemando de pie y sin duda alguna inspiraba más terror que Jacobo cubierto de sangre.

« Entonces dijo Jacobo Ork (escuchad bien lo que voy á deciros!...):

« — *Margarita Müller, hija de Enrique Müller, natural de Buchen y esposa de Jacobo Ork, es inocente!*

« Instantáneamente oímos el ruido de un cuerpo que caía junto á nosotros : era el maestro Enrique que se arrojaba exclamando.

« — Dios sea loado!

« Y prorrumpió en sollozos.

« Jacobo Ork miró á su suegro en silencio como se mira á un desconocido.

« El padre de Margarita tendióle las manos, diciéndole :

— ¿Porqué no la trajiste?

— No puedo darte explicaciones mientras no estemos solos, contestóle levantándolo.

Martín y yo, más temblorosos que las hojas de la selva en otoño, nos dispusimos á partir.

— No os marchéis, que os necesito. Esperadnos aquí mientras conferenciamos en el despacho del maestro Enrique... Mas, antes que todo, padre mío, armáos con vuestro fusil...

— ¿Con qué objeto? preguntó el desdichado Enrique...

— Lo sabréis más tarde, respondió Jacobo Ork y fué en persona á descolgar el fusil de cacería del maestro Enrique, que se hallaba sobre la chimenea, y cargólo delante de nosotros. La armazón de madera era sencillísima, completamente rústica, pero el cañón había pertenecido en otros tiempos á un fusil de primera clase. Era raro fallar un tiro con arma tan buena. Una vez que lo hubo cargado, entregóselo Jacobo á su suegro que lo tomó sin darse cuenta de lo que hacía. Luego encerráronse y nosotros permanecimos allí, mudos y aterrorizados.

« Temíamos cualquier catástrofe, pues no se encierra uno con un fusil cargado sin abrigar alguna intención muy terrible. Mas contra toda suposición reinaba silencio completo en la pieza contigua : allí permanecieron por lo menos durante una hora. De pronto vimos abrir la puerta muy lentamente... tan poco á poco, que



siempre me acordaré de la lentitud con que abrieron esa puerta. Por fin apareció el pobre Enrique temblando de pies á cabeza y castañeteando los dientes. En el primer momento costónos alguna dificultad reconocerlo.

¿Cómo era posible que en tan pocos minutos hubiese cambiado tanto el hombre que momentos antes mostrábase tan orgulloso, tan erguido, tan altanero ante la desgracia que venía á tocar á su puerta? ¿Qué había sucedido?

«¿Acaso no había asegurado Jacobo ante nosotros que Margarita era inocente? ¿Y por qué Jacobo, que se había convencido de la inocencia de su esposa, hallábase cubierto de sangre de la cabeza hasta los pies? Ah! era sin duda el color que trajo Jacobo de la torre Jaula de Hierro lo que hizo cambiar de tal manera á nuestro pobre Enrique que temblaba como un niño que ensaya los primeros pasos.

«Seguía Jacobo Ork... mas no se le podía examinar la figura al través de toda esa sangre con que estaba embadurnado y que sólo permitía distinguir los ojos que brillaban con terrible fulgor en medio de lágrimas congeladas.

«Enrique llegóse hasta nosotros dando traspiés como un ebrio; quisimos prestarle sostén, mas prohibíonos que lo tocásemos. Traía siempre el fusil y en realidad de verdad no comprendíamos cómo le quedaban fuerzas para cargarlo. Entregóselo al maestro Martín, diciéndole:

«— Martín, te entrego mi fusil, mi famoso fusil de cacería que ya se me cae de entre las manos y con el cual maté diez lobos. No lo abandones ni de día ni de noche. Manténlo limpio y bien aceitado; que brille á todas horas como un marco recién salido de la casa de

moneda y que á todas horas también se halle pronto á matar lobos, que no es de lo que menos abunda en la Selva (1)... No me lo devuelvas antes de que te lo pida!...

«— ¿Cuándo me lo pedirás? preguntó Martín:

«— Cuando den las *dos y cuarto!*

Al oír esto, el pargüero interrumpió á Matías. Además, el tal Franz Holtzchener mostraba gran impaciencia y á duras penas lograba conservarse en su puesto.

— ¿Por qué, preguntó, por qué siempre esa historia de las *dos y cuarto?*

Matías prosiguió su relato como si nada hubiese oído.

Después de haberle hablado en esos términos á mi camarada Martín, dirigióse á mí y díjome:

«— Presté mi fusil á Martín, á tí voy á prestarte mi casa... Cuidala como si fuese tuya... sí, en efecto... pensándolo bien, es preferible que me vaya de esta vivienda maldita... pero has de prometerme que me la devolverás una vez que haya terminado la *cacería de los lobos...* Aquí vendré á morir tranquilamente al lado de mi esposa querida. Por el momento diré adiós á Buchen.

«Extrañónos que no mencionase á Margarita ni á sus nietos, mas, ay, muy luego debíamos comprender la razón de tal silencio.

«Enrique, siempre tembloroso, prosiguió Matías lanzando un gran suspiro después de escanciar su copa de añejo y rubio Hochheim, fué á buscar una capa que

(1) Más tarde se explicará la terrible alusión que hacía Enrique en su desvarío. Es preciso observar (que lobo), tanto en alemán como en inglés, se dice «wollf» y que la familia imperial de Austrasia tuvo su cuna en Wolfsburg.



echó sobre los hombros del príncipe, pues no quería que saliese á la plaza enrojecido como se hallaba... « Marchaos, díjole á Jacobo Ork, y *volved por nosotros mañana en la noche con toda la familia*, que mi esposa y yo estaremos listos. » Luego dirigióse á nosotros :

« — Id con él á donde os conduzca, que Margarita, Alberto y Giselda necesitan de vosotros. Adiós, mis buenos amigos.

« Cerró la puerta de la casa y los tres nos hallamos en la plaza de la Iglesia.

« — Pronto va á despuntar el día y es preciso que no os vean en ése estado, dije al príncipe.

« — Matías, contestóme, corred enseguida á la casa de los dos aprendices del maestro Martín, despertadlos y enviádmelos sin demora. Luego os echaréis llave en la vuestra y velaréis toda la noche.

« Ejecuté sus órdenes y cuando atravesaba la plaza de la aldea, le ví penetrar en la vivienda de Martín, á donde se encaminaron enseguida los dos aprendices.

En aquel momento, el guarda campestre que no había desplegado los labios ni había cesado de mirar por la ventana, exclamó :

— Por el Valle del Infierno! Ahora si la vi bien!... Y sin dar explicaciones, echóse el fusil al brazo y salió cerrando tras sí la puerta.

— ¿Qué le sucede? preguntó Holtzchener. ¿A quién vió?

— Le habrá sucedido una vez más de confundir á la luna con la Dama de la media noche ó con el hada rubia, replicó Matías... No hagáis caso de tales extravagancias, Señor Franz Holtzchener, que el guarda campestre es hombre de buen corazón y hay en esta historia un pasaje que le causa mucha pena cuando lo oye... Eso es todo...

Mas al decir esto, cesó el relato Matías después de lanzar un prolongado suspiro... Erraba á tanta distancia su pensamiento... á tanta distancia que probablemente se había olvidado de Franz Holtzchener.

El paraguero le asió el brazo y lo sacudió :

— ¿Qué os sucedé, patrón Matías?... Os habéis interrumpido... Yo estoy aquí todavía... Y continuó prestándoos atención...

— En verdad, Señor Holtzchener... todavía os halláis ahí... suspiró Matías, aun pensativo... y queréis que prosiga mi relato... relato que ni Martín ni yo habíamos hecho á nadie hasta hoy...

— No importa, la historia es antigua y ya nadie piensa en ella...

— ¿Estáis seguro de ello, Franz Holtzchener?

Franz hizo un gesto de impaciencia.

— Y qué, patrón Matías, ¿seríais acaso tan cobarde como los demás?... No es extraño que tengan miedo de oír la verdad, puesto que vos tenéis miedo de decirla ..

El patrón Matías gruñó al oír tales palabras, escanció una copa de rubio vino y como pasara por allí Federico II, fué á él y llevándolo aparte, preguntóle :

— ¿Estás seguro de que el sujeto te dijo : « Es preciso contarle todo al paraguero »?

— Díjomelo formalmente : « Ordenad á Matías que cuente cuanto sepa al paraguero ».

— ¿Y te mostró el reloj?

— Sin duda y pronunció las palabras de rigor. Cuando se marchó me dijo : « Hacedles presente que ha llegado el momento *de hacer temblar hasta la médula de los huesos al emperador de los lobos*.

— Está bien, Federico, muchas gracias... ¿Y de Jacobo no hay noticias?



El posadero meneó la cabeza y marchóse á sus ocupaciones.

El patrón Matías volvió al lado de Franz Holtzchener.

— Os pido mil excusas, díjole, mas tenía que hacer una recomendación urgente para la correspondencia de Feldt y Ud. sabe que los negocios son los negocios....

— ¿Dónde íbamos? Ah! en la noche de todos los santos.

... Pues bien, ya podréis imaginaros cómo terminó aquella noche y en qué estado de tristeza y preocupación llegué á mi casa, después de cuanto ví y oí. Naturalmente no me fué posible conciliar el sueño y aguardé el amacer, que no tardó en presentarse. Las viviendas de Martín y de Enrique permanecieron cerradas durante todo el día. Algunos aldeanos golpearon á la puerta y agrupáronse allí á charlar; yo los tranquilicé diciéndoles que tanto el uno como el otro habían ido de cacería y no había nadie en las respectivas casas. Aquel día parecióme interminable. Por fin llegó la noche y á eso de las nueve, oculto yo detrás de las persianas, vi salir á los aprendices de la casa de Martín. Media hora después recorrió la plaza un extraño vehículo, una especie de vieja casa ambulante tirada por dos hermosos caballos que había visto en las pesebreras de Jacobo Ork. Aquella casa rodante tenía ventanas, mas estaban herméticamente cerradas.

« Cuando pasó por frente á mí pude ver que era la barraca de Giska, — la campesina de la Selva Negra — que á menudo venía á decir la buena ventura en la feria de Todtnau donde ganaba algunos cobres vendiendo hierbas y bálsamos para curar el mal de amorés y disecar pajaritos.

« Giska ocupaba el pescante y conducía los caballos

en persona. Dióle la vuelta á la plaza y entró por detrás al patio de la casa de Martín. Salí de mi casa, pues aquella barraca de bohemia, tirada por caballos de Jacobo, á aquella hora de la noche y en las terribles circunstancias que atravesábamos, me intrigaba sobremanera. Seguramente aguardaban á Giska, pues la puerta se abrió, dando paso á la barraca ambulante... Martín cerró la puerta *por fuera*. Es decir, que encerraba á Giska en su casa. ¿Qué quería decir todo aquello?

« Martín tenía el aspecto abatido y se hallaba tan absorto que no advirtió mi presencia, hasta que le dirigí la palabra. Díjome entonces que lo acompañara á casa de Enrique. Fuimos juntos y golpeamos á la puerta del relojero, quien entreabrió las persianas.

« — ¿Eres tú, Martín? preguntó Enrique desde adentro.

« — El mismo. Monseñor pregunta si estáis listo.

« — ¿Está allí toda la familia?

« — Acaba de llegar, respondió Martín.

« — ¿Y se ha preparado todo lo necesario para recibirla?

« — He hecho cuanto he podido, replicó Martín sollozando.

« — Está bien, ya voy.

« Cerráronse las persianas y unos instantes después salía Enrique de su casa.

« — ¿Por qué no te acompaña tu esposa? preguntó Martín.

« — La pobre de mi mujer está en la cama; no puede mover las piernas y será preciso llamar mañana al médico... Supongo que la pobrecita querida pasará quince días enferma... y luego se morirá tranquilamente, lo que será mejor para ella y para todos...

« Martín y yo dimos el brazo á Enrique y lo condu-



jimos hasta la casa del carpintero. — Abrióse la puerta y enseguida nos hallamos en el taller.

« El espectáculo que se presentó ante mi vista me hizo lanzar un gemido de horror.

« En medio del taller habían colocado los cuatro « bancos » y encima de ellos había cuatro ataúdes, dos grandes y dos pequeños. Uno de los grandes hallábase entre los dos pequeños y estaban descubiertos todos tres; el cuarto estaba tapado.

« A la temblorosa luz del quinqué pude ver las formas cadavéricas de los tres primeros ataúdes, cubiertas con velos blancos... *blancos velos que á medida que los contemplaba me parecían rojos!*...

« Cuando entramos Jacobo oraba de rodillas, mas al ver á su suegro se levantó y le dijo :

« — ¿ Queréis verlos ?

« — Sin duda, replicó Enrique, meneando dolorosamente la cabeza... Tan sólo por decirles adiós, pues no me es posible acompañaros. Mi esposa está muy quebrantada, Jacobo, y ello me obliga á permanecer aquí hasta que Martín le haga también un hermoso ataúd, porque en realidad Martín es hábil...

« Púsose el infeliz á examinar atentamente la madera de los ataúdes y el mérito del trabajo.

— Excelente material, dijo, y no corre riesgo de deteriorarse; es puro corazón de roble!

« Martín y yo permanecíamos incapaces de hacer un ademán ó de pronunciar una palabra.

« Esperamos el curso de los acontecimientos. Jacobo levantó el velo blanco manchado de rojo que cubría el cadáver del ataúd grande y descubierto. Dios mío!... Margarita yacía allí como una estatua de cera á quien se le hubieran pintado con rojo intenso heridas abominables... que la cubrían completamente.

« No recuerdo qué dije pero sin duda fueron cosas incoherentes y sin importancia. Decía yo á voz en cuello que habían asesinado á la pobre mujer... Y en verdad no había necesidad de decirlo pues se veía bien claro. Martín corría en derredor de los ataúdes, inclinándose sobre los dos más pequeños, mas yo no osé preguntarle qué había allí, pues harto lo adivinaba y el horror comenzaba á estrangularme... por lo menos eso sentía yo en la garganta... Que me ahogaba! Lo más abominable de aquella noche abominable era sin duda la tranquilidad de los otros dos. El maestro Enrique estaba completamente idiotizado y Jacobo, manchado de sangre como estaba parecía un verdugo que hubiese terminado su malvada y difícil operación y no se preocupase más que de lavarse las manos.

« Enrique y su yerno decían cosas como éstas :

« — Está acribillada y tocaba el pobre idiota con el dedo cada una de las llagas.

« — Ya las conté, dijo Jacobo. *Hay doce!*

« — No necesitaba tantas para morir, declaró Enrique con un aire de « superioridad » que nos llenó de piedad. Imagínese Ud., Jacobo, que han sido hechas con un sólido cuchillo de cacería.

« — Con efecto, respondió Jacobo.

« Ya no podía contenerme. Por más archiduque que fuera, había sido mi camarada. Le así la muñeca que no retiró y que yo sentía entre mis manos helada, dura y pesada como un pedazo de mármol, y le dije :

« — ¿ Tú has hecho esto, Jacobo? En vano traté de hallar en sus ojos reminiscencias de otros tiempos. Todo el pasado y hasta la palpitante vida actual parecían haber desaparecido de sus pupilas. Dirigió los ojos en mi dirección al responderme pero en realidad no me miraba.



Había más vida en un ojo de jaspe que en los de Jacobo Ork la noche de los muertos!

« — *No soy yo quien ha hecho esto. ¿Has perdido la cabeza acaso?*

« Al mismo tiempo volvimos al oír un grito de agonía: era que el pobre padre se inclinaba sobre el semblante de Margarita, lo besaba en la frente y al sentirla helada sentía una conmoción, extendía los brazos y rodaba por tierra sollozando. Quizás lo aliviarían las lágrimas! Mas, ay! se levantó casi enseguida con los ojos otra vez secos y la miraba extática.

« — Véte! Véte inmediatamente, ordenóle á Jacobo Ork... y acuérdate de que te espero para que cacemos á los lobos.

« Jacobo cubrió el cuerpo de Margarita. Preguntó á su suegro si tenía deseos de ver á sus nietos, mas Enrique contestó:

« — De ninguna manera. Llévatelos así, prefiero verlos cuando ya no estén allí, como si aun vivieran. Adiós, Margarita, adiós mi Alberto, adiós mi Giselda!

« De manera que los niños.. los niñitos también... Alberto y Giselda... Gran Dios!... Martín y yo llorábamos, nos mordíamos los puños como locos y de pronto nos precipitamos sobre los pequeños ataúdes... levantamos los velos ensangrentados... contemplamos de nuevo aquellos semblantes adorados que, esa misma noche, nos sonreían y nos besaban... y que ahora yacían allí helados... pálidos y tan blancos que parecía que la vida no hubiese animado jamás sus pobres cuerpecillos... Luego dejamos caer los velos...

« Alberto y Giselda yacían al lado de su madre en pequeños ataúdes cubiertos con blancos velos enrojecidos... Martín y yo caímos de rodillas sollozantes y oíamos al pobre Enrique que repetía tras de nosotros

con voz que repercute de día y de noche en nuestros oídos:

« — No es creíble!... Qué matanza!... Esos actos no se ven ni entre lobos;...

« Y desde aquel momento no volvió á articular palabra sino que le castañeteaban los dientes.

« Luego oyóse un martilleo... era Jacobo que tapaba los ataúdes y los clavaba él mismo. No temblaba su martillo y daba apenas los golpes necesarios.

« En esa forma clavó hasta el cuarto ataúd, que había permanecido tapado y en el cual no supimos nunca quién se hallaba.

« Terminado el trabajo, hizonos una señal Jacobo y le ayudamos á transportar al patio las cuatro cajas fúnebres. Allí estaba la carreta de la bohemia que había traído los cuerpos.

« Sentada en el pescante, Giska, la campesina de la Selva Negra, mantenía las riendas. Nadie le dirigió la palabra ni ella le habló á nadie. Colocamos los ataúdes en la carreta, mas antes de encerrarse con ellos, volvióse Jacobo Ork hacia Martín y díjole:

« — No descuides mantener bien limpio el fusil del maestro Enrique, pues el pobre hombre ya no es capaz de hacerlo por sí mismo.

« Y luego á mí:

« — No olvides, suceda lo que suceda y digan lo que digan, que la esposa de Jacobo Ork es la más pura é inocente de las mujeres y la mejor de las esposas!

Y dirigiéndose á todos, continuó así:

— No olvidéis mirar hacia la ventana *del cuarto del dolor!* que da sobre el Valle del Infierno. *Cuando esa ventana se abra es porque Jacobo Ork está de regreso!*

« Marchóse la carreta de Giska con Jacobo y los ataúdes. Giska continúa rodando por los caminos en



su carreta ambulante, pero de Jacobo dicen que duerme en el fondo del mar. Respecto de los ataúdes sucedió algo extraño : uno de los dos pequeños fué hallado vacío en la torre Jaula de Hierro de Neustadt. Yo me lo explico de esta manera : la carreta de Giska era estrecha y casi no cabían allí los ataúdes, pues nos costó gran trabajo colocarlos. Es posible que al volver á pasar por la torre (pues ese fué el camino por donde desapareció) se le hubiese ocurrido detenerse en el castillo, destapar uno de los pequeños ataúdes y colocar á Alberto junto con Giselda en la misma caja, lo cual habría sido un pensamiento piadoso, y dejar allí el ataúd inútil y desocupado. Tal creo, mas quizás exista alguna otra cosa que ignoro. Difícil es darse cuenta de lo sucedido en un asunto semejante.

« — Los criados pueden saber algo, apuntó el paraguero. Se ha debido interrogar á la servidumbre que había en el castillo por aquella época...

« — Cuando acaeció lo sucedido no había más criado en el castillo que un llamado Mikael, de una fidelidad por el príncipe á toda prueba, y que lo acompañaba desde joven... el mismo que vino á buscar á Margarita y á los niños á Buchen... La demás servidumbre hallábase en la feria de Neustadt y no debía regresar antes del día siguiente.

« Aquel Mikael era de origen turco ó valaco, ya no recuerdo bien... quizás turco... En los alrededores se le llamaba el Eunuco y es lo cierto que no tenía figura de cristiano y siempre andaba silencioso como un mudo del serrallo... Era una figura rara de infiel que siempre había inspirado algún temor á Margarita. La pobrecita decía muy á menudo que así como le creía capaz de hacer mucho bien también lo creía capaz de hacer mucho mal... Pues bien, ese Mikael desapareció al día

siguiente de la catástrofe y nunca más se volvió á oír hablar de él...

« ... ¿Qué más habré de contaros? Que la suegra de nuestro pobre y misterioso archiduque murió á los pocos meses y que el suegro, á quien acabáis de ver, cerró el *chalet* de la relojería al mismo tiempo en que yo cerraba la mía y que el maestro Martín abandonaba también su casa de Buchen. Ninguno de nosotros quiso, después de tan horrible historia y tan abominable desgracia, permanecer más en Buchen, ni vivir en el lugar ni con los objetos que un día fueron testigos de nuestra felicidad. Yo me marché con mi comercio y mis habilidades á Todtnau, Martín se convirtió en guarda campestre y Enrique Müller vino á instalarse en la posada del Valle del Infierno, de Federicó II, que es uno de nuestros buenos amigos. Por último si queréis saber porqué se empeñó en vivir en esta posada el que fué suegro de Jacobo Ork, os diré que desde el cuarto ocupado por Müller se distingue la torre Jaula de Hierro de Neustadt y la ventana *del cuarto del Dolor*, que da sobre el Valle del Infierno. Dánle el nombre de *el cuarto del Dolor* en la región al apartamento que habitaba Jacobo Ork en el castillo con su familia... Es ese un nombre que viene desde muy atrás y que tiene su origen en otros dramas históricos que derramarón mucha sangre en la torre de Hierro de Neustadt... mucha sangre se ha vertido allí... y es un nombre fatal... no me explico cómo Jacobo Ork pudo confiarle á ese cuarto maldito todo lo que constituía su felicidad... »

Guardó silencio el patrón Matías.

— Patrón Matías!

— Franz Holtzchener!

— ¿Habéis terminado el relato?

— Sin duda, respondió Matías, con la cabeza desqui-



ciada por los recuerdos y por el añejo y « rubio hochheim ». Luego enjugóse una lágrima.

— Pero sin embargo, patrón Matías, aun no me habéis dicho qué relación existe entre el horrendo drama y « las dos y cuarto » del relojero de Buchen, el desdichado padre de Margarita?

El patrón Matías experimentó una fuerte conmoción.

— Evidente, aun no he concluido, querido Franz! Algo se me olvidó en el curso del relato... Os acordáis de que cuando Jacobo Ork, llegó enfurecido á casa de su suegro la noche de todos los santos traía una carta en la mano?

— Perfectamente, carta que dejó caer y que vos recogisteis.

— Ni más ni menos. Pues bien, al recoger aquella carta leí sin querer la primera línea que así decía :

« *A las dos y cuarto, amor mio.* Como Ud. comprende, prosiguió Matías, bien pudo suceder que las primeras palabras se hayan impreso indeleblemente en la imaginación del infeliz Enrique, ya que la carta parecía haber sido la causa determinante de aquel horrible drama que aun permanecé desconocido y sobre el cual os he dicho cuanto sabía...

Cuando hubo terminado, levantó la cabeza Matías y asombróse de no hallar enfrente á su interlocutor. Buscólo en vano por el salón. El saco de tela que contenía la mercadería del ambulante vendedor de paraguas estaba sobre la mesa. Berta, que hablaba regularmente el alemán, acercósele á Matías y, por insinuación de Juanillo, díjole :

— Caballero, muchas cosas habéis relatado á ese sujeto, mas yo entiendo que debíais aprovechar su ausencia para examinar con atención su mercadería, que no me parece ser la de un buen cristiano.

Levantóse Matías sin hacer caso de la indicación y mirando en dirección del lugar donde se hallaba el Señor Paumgartner, fabricante de juguetes en Friburgo, (especialidad en soldados de plomo), dijo en voz alta :

— Si el hombre que ha tenido el honor de sentarse á mi mesa es un espía, por lo menos estoy seguro de que no se perderá ni un átomo de la verdad que le referí.

Y dicho esto, descargó Matías un formidable puñetazo sobre la mesa y dirigióse enseguida hacia el patio.

— Vaya un gañán! observó el fabricante de juguetes. Mas por fortuna para este último, Matías no pudo oírlo por hallarse ya fuera en busca del guarda campestre Martín.